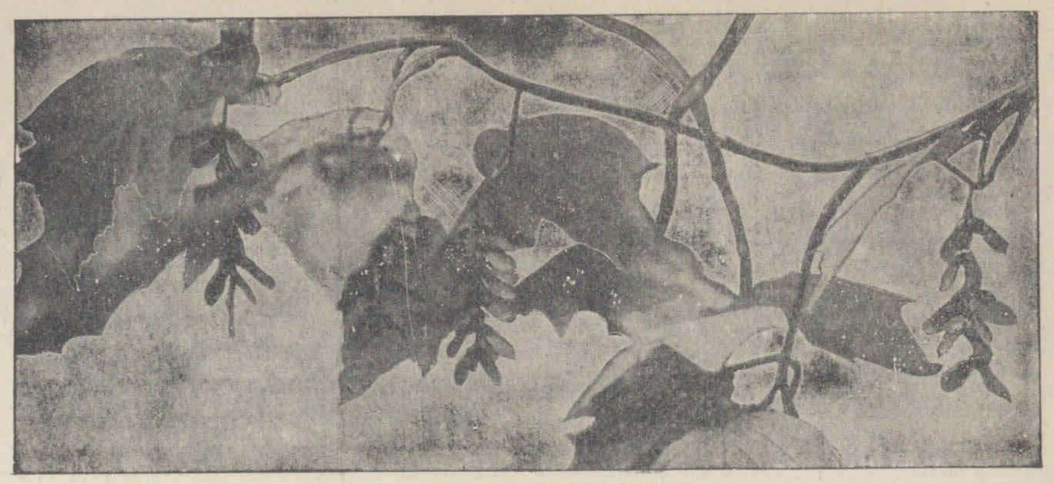
LLEGADA DE LA PRIMAVERA

INTERESANTE FOTOGRAFÍA, TOMADA DEL NATURAL



FRUTO DEL ARCE RAYADO

ALGUNOS ÁRBOLES AMERICANOS

TAN vasto es el continente americano, que las plantas que crecen en uno de sus extremos en nada se parecen a las del opuesto. Hablando en general, puede afirmarse que cada cordillera o desierto, las orillas de cada río y las playas de determinada porción de la costa, tienen sus rasgos característicos en lo que al suelo y clima se refiere, y, por tanto, su vegetación, que durante largos siglos ha ido adaptándose a aquellas particulares condiciones, difiere de la de otras localidades que los tienen distintos.

Estas grandes divisiones en la vida de las plantas las designamos con el nombre de *floras*, y tales diferencias presentan entre sí, excepto en los límites de sus dominios particulares, donde se mezclan y confunden, que si, por arte mágico, lleváramos vendado de ojos a un hábil botánico a cualquiera comarca de la América Meridional, a un centenar de kilómetros de Buenos Aires, por ejemplo, le bastaría quitarse la venda y examinar a su alrededor las plantas para decir con exactitud el lugar en que se encuentra.

Si le condujéramos a un sitio cubierto de gigantes cardos lechosos, adivinaría que se halla en la inmensa pampa; la presencia del pino de Chile le induciría a creer que se encuentra en la parte meridional de aquel país; viendo a su alrededor varios ejemplares de liquidámbar nos diría seguramente el botánico que le habíamos llevado hasta las comarcas situadas en la ribera oriental del Missisipí, no lejos del Hudson, en la América del Norte. El arce rayado delataría para él el Canadá, o Georgia, en las regiones septentrionales del nuevo continente; la magnolia, el dióspiro y la encina americana le hablarían de comarcas, cuyo clima es más benigno; los cafetales y bosques de palmeras y cocoteros, del Brasil y demás países tropicales, sin mencionar el algodonero y el árbol de la canela, que delatan su respectiva patria.

EL ARCE

En varias regiones de América crece este árbol, pero principalmente en el Canadá, como ya hemos dicho. Existen de él muchas variedades, tales como el arce rayado, el azucarero, el rojo, etc. El rayado, cuyos tiernos retoños, cubiertos de escamas carmesíes, suelen devorar ciertos animales, se distingue por su lisa corteza verde, con fajas blancas y hojas grandes, de suave superficie, que forman tres lóbulos. Puede decirse que es casi un arbusto, si se le compara con el arce rojo o con el azucarero. El primero advierte la llegada del invierno mudando de color, y mostrando acá y acullá varias manchas de vivo matiz rojo, que aparecen ya durante los primeros días de otoño. El arce azucarero, por el contrario, mues-

tra cierta tendencia a cambiar en oro o pálido escarlata su color, y a menudo se ven ambos tonos mezclados en su follaje. Al aparecer éste, caen del árbol las lindas flores, rubias como la miel, mientras el arce rojo se adorna con grupos de encendidas flores, del color de la llama, antes de desplegarse las hojas.

Hermosísimo es el arce azucarero, cuando ha alcanzado su completo desarrollo. Su fuerte y obscuro follaje le comunica a veces forma de pirámide; las hojas son simplemente lobuladas, con divisiones casi cuadradas. Su madera de tintes pálidos es dura y resistente, aunque se trabaja con facilidad, y se emplea para la construcción de muebles. Pero lo más interesante en este árbol es el azúcar que de él se extrae. No hay granja en las regiones septentrionales de América que no posea alguno de esos árboles; y, al derretirse las nieves con la llegada de la primavera, los labradores practican en su corteza algunos agujeros, en los que fijan ciertos conductos por los que se escurre la savia que va subiendo por el tronco del arce. Durante todo el invierno mana del árbol, pero en aquella época es más abundante. En su primitiva condición, esta savia es incolora, bastante clara y de sabor algo azucarado. Se hace hervir cuidadosamente, y por medio de esta operació se evapora el agua que contenía la savia, convirtiéndose ésta a su debido tiempo en azúcar. Esta época es de grande regocijo entre aquellos sencillos campesinos, que se diviert^n corriendo por la nieve y calentándose junto a las hogueras en que hierven las inmensas cacerolas que contienen la savia de arce, y entretanto van saboreando en mil distintas formas el azúcar.

Los colonos aprendieron este arte de las tribus indias, que fabricaban este moreno azúcar y lo vendían en cajitas de corteza de abedul, bastante grosero y cuajado de ramitas y restos de hojas, y sin embargo delicioso. A veces separaban el agua de la savia dejándo ésta a la intemperie durante las frías noches con que se despide el invierno; cada mañana arrojaban la masa de hielo que en la superficie formaba el agua, quedando así más espeso, pero líquido el azúcar. También solían comer pedacitos de corteza de arce, que es dulce y blanda cuando está impregnada de savia, a imitación de los negros que pueblan los países tropicales, los cuales mascan sin cesar trozos de caña de azúcar. Algunas tribus indias tenían la singular costumbre de mezclar azúcar de arce con la sopa o cualquier plato de carne, en lugar de sazonarlo con sal, cuyo sabor les desagrada. Echaban también azúcar de éste en el arroz cocido y en varios otros manjares.

EL ALGARROBO

La vaina del algarrobo era otra de las golosinas de los chiquillos indios. Este hermoso árbol, originario del Oriente, crece abundantemente en varias regiones de América, y adorna además numerosos parques y jardines. Sus hojas se componen de gran número de diminutas hojuelas, entre las cuales se divisan perfectamente los racimos compuestos de largas y aplastadas vainas, entrelazadas y de color negro, especialmente mientras permanecen adheridas a las ramas durante todo el invierno. Estas vainas están llenas de acuosa y azucarada pulpa, que contiene la dura semilla, de sabor muy agradable. El algarrobo tiene lejano parentesco con las acacias y mimosas que el viajero encuentra en los desiertos africanos. Éstas poseen también punzantes espinas para defender su ligero y gracioso follaje, pero ningún obstáculo oponen a la jirafa cuando extiende su prolongado cuello para alcanzar los tiernos retoños de la mimosa.

Como estos árboles, el algarrobo americano está armado de enormes espinas, de lisa superficie y divididas ramitas, cada una de las cuales es muy capaz de llenar su cometido, administrando algún doloroso pinchazo al que descuidado se le acerque. A veces forman grupos estas espinas, y aparecen en las ramas y hasta en el tronco, precisamente en el lugar donde uno menos las espera. Al revés de la acacia común, cuyas flores



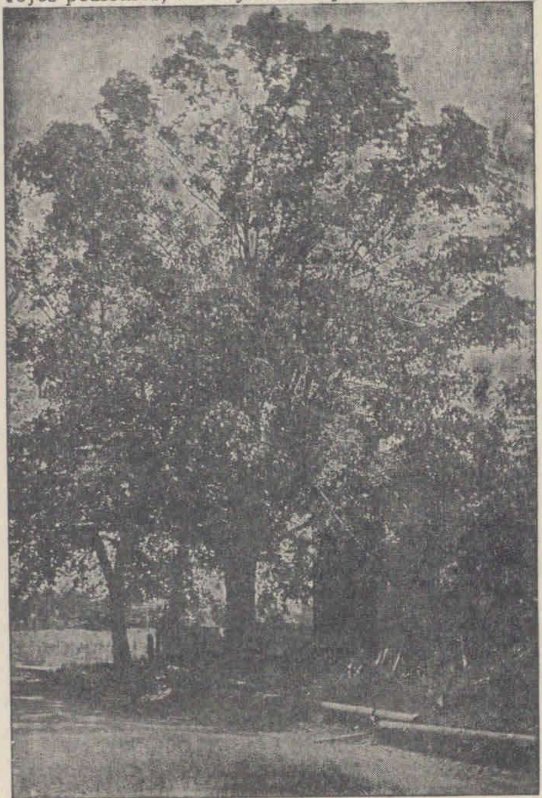
ZUMAQUE

Forma el zumaque un arbusto o arbolillo, que crece en los pantanos. Debe evitarse cuidadosamente, porque hasta su simple contacto es venenoso. Sus erguidas hojuelas están provistas de rojos pedículos; las bayas de la planta son blancas.



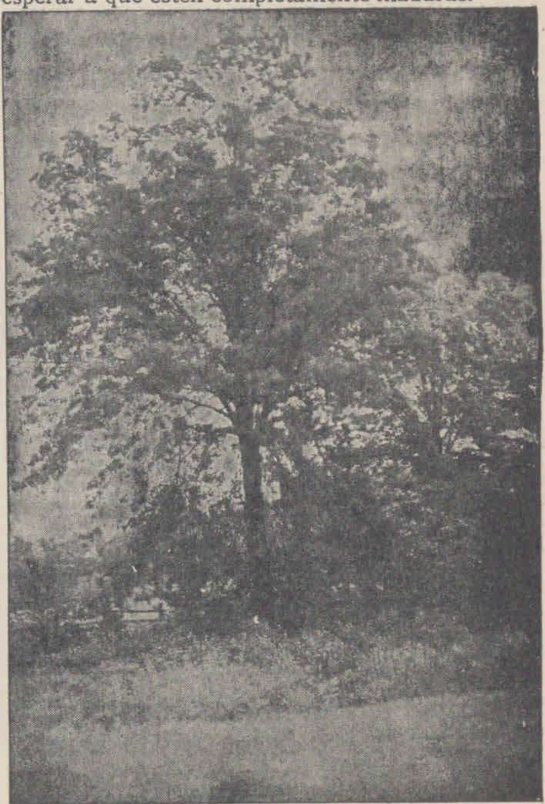
ÁRBOL DEL SÁBALO

Es un arbolillo o arbusto que florece al llegar la primavera. Los pétalos blancos de sus flores son muy estrechos. Rara vez se ve en la planta una de sus rojas bayas, porque los pájaros las devoran, sin esperar a que estén completamente maduras.



FRESNO

El fresno es un hermoso árbol, que crece generalmente en terrenos húmedos. Su madera blanca y elástica se emplea para varios propósitos.



ROBLE

Esta especie de roble se distingue de las demás por las grietas de su corteza, la pequeñez de sus hojas y la inclinación de sus ramas inferiores.

son realmente preciosas, las del algarrobo no atraen la atención, pero su tembloroso follaje, que apenas llega a dibujar en el suelo el contorno de su sombra, presta aéreo y encantador aspecto al árbol. Una particularidad del algarrobo consiste en que sus diminutas y pálidas hojuelas se yerguen al ponerse el sol, y aprietan unas contra otras su superficie. A esto se llama el *sueño* de las hojas, e impide que de ellas se escape el calor durante la noche, disminuyendo así el peligro que significa para su fragilidad y delicadeza un fuerte chubasco, la baja temperatura o cualquier fenómeno atmosférico.

EL TULÍPERO

Gran parte de los árboles de origen americano poseen hojas de tan peculiar forma que no es fácil confundirlas con ninguna otra. Tal es el caso del hermoso tulípero, cuyas hojas pueden describirse como cuadradas en su general contorno, aunque con una profunda incisión en ambos lados y otra en la punta. Poco ha debido cambiar su forma desde los tiempos prehistóricos. Cada hoja sale plegada del botón o retoño que la contiene, y envuelta en un tejido transparente de forma ovalada, el cual se abre para dejarle libre el paso, quedando ambas mitades de envoltura durante algún tiempo en la base del pedículo. Estas hojas están constantemente agitadas de un ligero temblor, a semejanza de las del álamo, por cuya razón se designa también el tulípero con los nombres de álamo blanco o amarillo. Sus flores son hermosísimas, y aparecen en el extremo de las inclinadas ramitas. Su forma es muy parecida a la de los tulipanes, y el color amarillo, vivo y brillante, con unos matices anaranjados y de un verde pálido en el fondo del cáliz. El tono verde y fresco del follaje, que rodea la flor, armoniza admirablemente con ella y hace resaltar sus preciosos colores.

El tulípero es uno de los más hermosos huéspedes de las selvas americanas. Durante la primera época de su vida, si tiene suficiente humedad y espacio, forma un cono casi perfecto desde la base hasta la punta de su follaje. Es famoso, además, por su recto y erguido tronco, que se eleva, como la columna de un templo, hasta considerable altura, sin desviarse de la línea vertical, por irregulares que aparezcan las ramas superiores. Los indios observaron ya esta circunstancia y se aprovecharon de ella, vaciando los troncos, de madera blanda y ligera, y sirviéndose de ellos como canoas. Los carpinteros y ebanistas designan generalmente con el nombre de *madera blanca* la del tulípero, y se sirven con frecuencia de ella en los países en que abunda este árbol para el interior de las casas, y en especial para la construcción de muebles y objetos que se han de pintar y barnizar luego, porque se talla y esculpe con facilidad esta madera a causa de su blandura. En la fabricación de carruajes también suele emplearse.

Hasta después de haber perdido el follaje conserva su interés el árbol, porque entonces se descubren sus innumerables frutos en forma de cono. Al llegar a sazón, descubriremos que estos conos están constituídos por hileras superpuestas de semillas aladas, las cuales revolotean describiendo círculos alrededor de la base del pequeño cono interior que antes cubrían. Si sopla algo fuerte la brisa o arrojamos entre ellas un bastón, de punta, descenderán del árbol nubes de color amarillo, formadas por estas semillas, que giran rápidamente sobre sí mismas hasta llegar al suelo.

EL FRESNO

También se vienen al suelo revoloteando las semillas del fresno, aladas y en forma de remo. Hállanse suspendidas en grandes grupos, de las ramas, las cuales forman una doble curva muy singular, y están provistas además de hojas, divididas en numerosas y anchas hojuelas.

Respecto al fresno que crece en Europa, circulan varias leyendas a cual más pintoresca, y aunque no tengan su equivalente entre las tradiciones populares americanas, sin embargo, se tiene en grande aprecio en el Nuevo Mundo la

CASTAÑO

Es el castaño uno de los más bellos adornos de la selva, y muy útil, no sólo a causa de sus dulces y sabrosos frutos, sino también de la madera que produce **sólida y que se raja fácilmente. En ciertos países de América los castañares están desapareciendo** rápidamente.



ARCE AZUCARERO

El arce azucarero crece con frecuencia en las vertientes de las colinas pedregosas. La madera que de él se obtiene, sólida y firme, es **muy estimada,** lo mismo que **el azúcar que produce su savia.**

madera de este árbol, que utilizaban antes los indios para la construcción de remos, a causa de su solidez, elasticidad y blandura. En efecto, se trabaja con gran facilidad el fresno, y aun hoy se obtienen de esta madera remos y mangos de diversos instrumentos, empleándose también en la fabricación de vagones de ferrocarril entre otros objetos.

EL LIQUIDÁMBAR

El liquidámbar es un árbol que alcanza considerable altura y crece en las selvas de varias comarcas americanas. Durante sus primeros años le vemos muy esbelto, dirigiendo al cielo su copa, como la punta de una flecha, pero al paso que envejece va perdiendo esta graciosa forma. Las hojas son profundamente recortadas, y constan de varios puntiagudos lóbulos, que semejan grandes estrellas verdes. Durante el invierno, la porción de tierra que cubre el árbol está sembrada de unas bolas que terminan en espigas o cuernecillos, las cuales son sus frutos. Cada uno se compone de numerosas y duras cápsulas, apiñadas en forma de esfera, provista de dos anzuelos. Necesaria es la grande abundancia de ellas, que vemos pender de las ramas desprovistas de hojas, para asegurar la reproducción del liquidámbar, porque cada esfera contiene muy pocas semillas fértiles. A pesar de la considerable altura del árbol, no es muy apreciada su madera, a no ser para determinados propósitos en que puede ser útil su apretado grano y estructura correosa, que no se raja fácilmente.

EL ROBLE

Muy extendido está el roble, tanto en Europa como en América. Podría escribirse un artículo entero tratando únicamente de las diferentes especies de este árbol, que crecen en el Nuevo Continente. Hemos mencionado ya la encina americana, que pertenece a la misma familia, y ahora vamos a decir dos palabras sobre el roble propiamente dicho, que vemos algunas veces plantado en parques y carreteras a causa de su rápido desarrollo.

En la selva busca generalmente algún sitio húmedo; durante sus primeros años es un arbolillo de forma piramidal, provisto de robustas ramas que brotan horizontalmente del tronco, y de un sinnúmero de ramitas entrelazadas. Más tarde se inclinan las grandes ramas inferiores, hasta que se secan y mueren apoyadas en el tronco, mientras las del centro y las superiores van formando sus pisos regulares, para cambiar luego su posición horizontal en vertical, que es como termina la punta. Las diminutas bellotas que se desprenden de su tacita o dedal, hasta cubrir el suelo, son a veces rayadas, y las lindas hojas se presentan profundamente recortadas, con frecuencia hasta la nervadura central. La madera es dura, resistente y de pálido color moreno.

ZUMAQUE

Si vagamos por las márgenes de los pantanos buscando el roble, cuidado con que no tropecemos con el zumaque. Durante los primeros días del estío es cuando ofrece esta planta mayor peligro, porque entonces se están abriendo sus flores y, según parece, hasta el polen que a veces traslada el viento de una a otra, es capaz de causar aquella penosa inflamación de la piel, acompañada de comezón, que tanto tortura al infeliz que es víctima de ella, lo mismo si la causa el zumaque del Pacífico, que trepa por las verjas y enrejados, como su próximo pariente, el zumaque de los pantanos. Este último es un arbusto de gran tamaño, o un verdadero arbolillo, que crece a menudo entre chopos y saúcos. Sus largas y desnudas ramas, bastante delgadas, sostienen en el extremo un gran grupo de hojas, cada una de las cuales se compone de siete a trece puntiagudas hojuelas; éstas se yerguen, a partir de la nervadura central, en una actitud que no se observa en las hojuelas de ningún otro árbol. Su superficie es muy lustrosa y brillante, de un singular matiz verde obscuro, y sus pedículos son rojos, lo mismo que el nervio central de que proceden. Tengamos presente esta circunstancia. Las florecillas verdes



TULÍPERO

Este es uno de los más hermosos árboles que se cubren de flores. Las del tulípero semejan tulipanes amarillos, de preciosos matices; sus hojas son casi cuadradas, con profundas incisiones, y su tronco es notable por su rectitud y altura.



LIQUIDÁMBAR

Muy alto es el liquidámbar, y se le reconoce fácilmente a causa de su curioso fruto, semejante a una esfera provista de espigas, y de sus hermosas hojas en forma de estrella, las cuales se visten de rojo y púrpura al llegar el otoño.

penden de las axilas de las hojas, agrupadas en panículos, que semejan largos ramos. Apenas llega el otoño, truecan las hojas sus colores y se revisten de los más brillantes matices, vermellón y anaranjado, y al desprenderse del árbol para caer en el cenagoso suelo, quedan en el extremo de las ramas numerosos racimos de bayas blancas, tentadoras para los pájaros, que se acercan a comerlas, y tal vez también para algún niño que quiere llevar a su madre, en aquella época en que las flores no abundan, un lindo ramo. Pero, si el pequeñuelo comiera las bayas, sería fatal el resultado, porque no sólo éstas, sino también las ramas y raíces son venenosas, hasta su simple contacto, en cualquiera estación del año. Lo mismo puede decirse del zumaque del Pacífico, especie muy común y que pertenece a la misma familia, según indicamos anteriormente. Éste, que trepa por las verjas de los jardines o se abre paso con sus delgadas ramas por entre los matorrales, posee hojuelas comunes, desprovistas de los rojos pedículos del zumaque, pero tienen sus hojas igual superficie lustrosa, de color verde obscuro, el cual se trueca en los brillantes matices otoñales que ya hemos visto.

Tengamos presente, para distinguir las diversas especies de zumaque, que son inofensivos los que producen bayas rojas, y venenosos los de fruto blanco.

Lo que se ha de evitar sobre todo es respirar los vapores del zumaque que está ardiendo en una hoguera, o mascar cualquier corteza de árbol que se encuentre por el bosque, sin asegurarse antes de que es inofensiva; los vapores del zumaque, mezclados con el humo, y un pedacito de su corteza entretenido en la boca pueden causar los más graves trastornos en la salud.

ÁRBOL DEL SÁBALO

Después de tratar de plantas venenosas, es muy agradable hablar del inofensivo árbol del sábalo, que se adorna con lindas flores blancas de pétalos delicados, antes de que sus blandas y suaves hojas hayan dejado su envoltura.

Con frecuencia alcanza el tamaño de un esbelto arbolillo, y madurarían del todo sus azucarados frutos, parecidos a gruesas bayas, si no los comieran antes los golosos pajarillos. Pero deben encontrar tan sabrosa la dulce pulpa los alados ladronzuelos, que ni un solo fruto maduro se oculta entre el follaje, parecido al de un cerezo. Se dice que antes los recogían los indios; de ser cierto, ello prueba que en los pasados siglos no eran los pájaros tan glotones como sus descendientes.

No es precisamente de los ataques de los pajarillos, sino de los dientes de ciertos animalillos roedores de quienes tratan los nogales de preservar su rico y dulce fruto; aunque tampoco deben conseguirlo enteramente, a juzgar por el número de cáscaras rotas y vacías que suelen verse a su sombra, indicando que un grupo de graciosas ardillas acaba de pasar por allí.

NOGAL BLANCO AMERICANO

Sin embargo, comer el fruto del nogal blanco debe ser todo un problema, hasta para los afilados dientes de una ardilla roja. Porque, al caer del árbol, dicho fruto presenta una viscosa envoltura exterior, y al desaparecer ésta, queda una nuez oblonga, de unos cinco centímetros de largo, cubierta de una cáscara que forma cuatro grandes relieves, y muchos otros chiquitos, y tan dura, que trabajo le ha de costar a la ardilla hincarle el diente.

Blandas durante todo el verano, y de color verde al principio, las nueces han ido madurando, apiñadas en el extremo de las ramas, junto a las grandes hojas, que están divididas en numerosas hojuelas. De este hermoso árbol se obtenía antiguamente un tinte de color moreno: algunos afirman que era de la cáscara de nuez, que realmente mancha los dedos, mientras otros sostienen que lo producía la corteza interior del nogal. La madera, en efecto, presenta color moreno pálido, y se emplea algunas

NOGAL BLANCO AMERICANO

Este árbol tiene estrecho parentesco con el nogal negro, al cual se parece bastante, tanto en el follaje como en los demás rasgos, aunque es algo más pequeño y no es tan apreciada la madera que produce.



ALGARROBO

Se parece tanto a cierta especie de acacia el algarrobo, que a veces se le confunde con ella. La madera que de este árbol se obtiene, de áspero grano, se usa con frecuencia para postes. Las vainas de la semilla son largas y negras.

veces para decorar el interior de las habitaciones, construcción de muebles, etc.

EL CASTAÑO

Muy a cuento viene en último lugar el castaño en la reseña que aquí hacemos de varias especies de árboles bastante comunes; porque si algún sabio no descubre pronto remedio adecuado a la enfermedad que los está matando, los hermosos castañares americanos desaparecerán a toda prisa, como desaparecen de ciertas comarcas los manzanos. Esta excrecencia blanca y esponjosa que aprieta y en breve mata los castaños, producida por una especie de hongo, obra bajo de la corteza, y por eso es más difícil extirparla. Antes de mucho tiempo, en ciertos países de América, estos nobles árboles de corteza gris, surcada por profundas hendiduras, y de puntiagudas hojas, con los bordes en extremo recortados, no serán más que un recuerdo; y lo mismo decimos de las dulces y sabrosas castañas, que el frío despoja, agrietándolas, de su lustrosa cáscara, en la cual han permanecido aquéllas todo el verano, defendidas de pájaros y cuadrúpedos, protegidas por la terrible armadura de punzantes espinas que cubre estas cáscaras de forma esférica. ¿Cómo se las compondrán en tal caso el carpintero y el ebanista, que tal consumo hacen de madera de castaño para sus muebles? ¿Y los campesinos que convierten el tronco de este árbol en postes o en mil objetos tan necesarios para ellos? Y no habrá de seguro quien no eche de menos en la selva sus espesas frondas, que la alegran, al llegar el estío, con sus nubes de pálidas flores amarillas, las cuales convierten el castaño en un precioso y enorme ramo, antes de trocarse en morenos frutos de sabor dulcísimo.

Comemos nosotros las nueces y castañas, sin soñar siquiera en añadir a estas golosinas la corteza de algún árbol. Y sin embargo, a los niños les parece deliciosa la del álamo negro, muy fina y lisa, y cuyo sabor es como de especias. No se limitan a chuparla, como aquéllos, sino que la comen preparada como ensalada, los pobres campesinos que habitan las comarcas rusas situadas junto al círculo polar ártico.

Algunas tribus de indios de América, al concluir sus provisiones para el invierno, comían también la corteza tierna de ciertos árboles. La más apreciada entre ellos era la corteza interior, azucarada e impregnada de savia, de los grandes álamos que crecían junto a los ríos. El pino azucarero y de otras especies prestaba idénticos servicios.

A un grupo de exploradores que llegaron hasta la costa del Pacífico, les ofrecieron los indios un manjar muy raro, parecido a la corteza fibrosa del coco, y al probarlo, descubrieron que era corteza de cicuta puesta a secar y empapada en aceite de salmón, rancio, para colmo de males.

Además de su valor más o menos real como alimento, la corteza de varios árboles es en extremo útil para diversos usos. La de la cicuta, del roble, del álamo y del abedul se emplea para curtir el cuero. Se hila y teje la corteza de cedro y de morera, para convertirla en lienzos. El corcho, con que se fabrican tapones y mil objetos diversos, no es otra cosa que la corteza del alcornoque, que pertenece a la familia del roble y vive en las riberas del Mediterráneo.

